

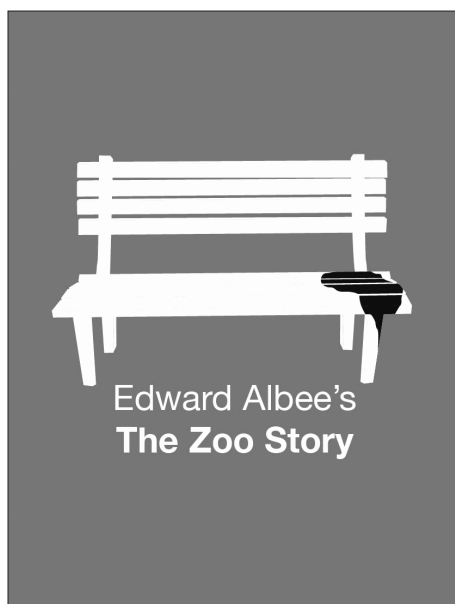
Los animales de Edward Albee

Edgar Esquivel

Edward Albee (1928-2016) se hizo dramaturgo en tres semanas, el tiempo que duró en escribir *La historia del zoológico*. Dicho por él mismo, esto ocurrió mientras vivía en Greenwich Village, en la ciudad de Nueva York, y trabajaba como mensajero de la Western Union, de donde tomó las hojas amarillentas de mala calidad que se convertirían en su primera pieza dramática en forma, representada por vez primera en 1958 en Berlín. Realizó a lo largo de su vida poco más de 30 obras —aunque él quiso completar 38 o 40—, y si algo aprendió fue que no pocas veces el éxito y la crítica son reacios a aceptar temas que nos reflejan hasta la conciencia: “cómo nos mentimos a nosotros mismos y unos a otros, cómo tratamos de vivir sin la conciencia limpiadora de la muerte”.

Las casualidades bien podrían tener su origen en el absurdo, cualidad que no está lejos de ser un sinónimo de presagio, pues desatan sin previo aviso sensaciones de extrañeza, de franco sinsentido, que los humanos señalamos, acusamos, como inherentes a buena parte de nuestra existencia, lo que alimenta, además, la incompreensión de lenguajes, preferencias o ideas. Por tanto, con más frecuencia de lo que suponemos, quizá también así lo creyó el creador estadounidense, autor de la icónica *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, “es más seguro ver la realidad como ficción”.

Si dos desconocidos —Peter y Jerry— se encuentran sin premeditación alguna en un lugar público una tarde de domingo en verano, supone tal un suceso anodino por mucho que el origen de esa predeterminación superior sea nebuloso; más si el sitio de la cita improbable es Central Park, de Nueva York; y si estos extraños comienzan de pronto un escarceo de palabras, es



decir, uno habla o pregunta mientras el otro escucha o responde, también ello se ampara en lo común. Pero si la promesa de diálogo se torna una prédica personal, una confesión en voz alta por parte de Jerry, quien habla por igual de las estampas de su vida (“cuando eres chavo usas la baraja [una baraja pornográfica] como un sustituto de la experiencia real y cuando eres más grande usas la experiencia real como un sustituto de la fantasía”), su insulsa cotidianidad o bien acerca de la esencia de la *verdad*—familia, posesiones, felicidad, tradiciones, lo correcto, lo bueno— y su contraposición a lo que es vano —apariencias, excesos, ambiciones, carencias, envidias, deseos—, sin duda lo que acontece es el asomo de la fatalidad. “Es sólo que... es sólo que... es sólo que si no puedes tratar con gente tienes que empezar por algún lado. ¡CON ANIMALES! ¿Te das cuenta? Una persona tiene que tener alguna forma de tratar con ALGO”. Dios o sus creaturas. Así, Jerry, caminando por una vereda del par-

que, hacia el norte, procedente del zoológico, al percatarse de la presencia de Peter, quien se encuentra sentado leyendo, decide iniciar la conversación, aunque técnicamente será un monólogo abyecto, probablemente “para entender y tan sólo posiblemente ser entendido”. Le describe a Peter cómo es el lugar donde vive, un cuarto muy pequeño; la zona donde está, en el lado oeste; los desencuentros épicos con su casera y el animal de fábula que ella tiene, un desquiciante perro negro; y finalmente lo que le ocurrió en el zoológico.

“Peter: (*Riendo débilmente*) Tú estás... estás lleno de cuentos, ¿no es cierto?”

“Jerry: No es *obligatorio* que me oigas. Nadie te está deteniendo aquí; acuérdate de eso. Tenlo presente”.

Hay más: “Lo que voy a contarte tiene algo que ver con cómo algunas veces es necesario desviarse un largo trecho para tomar correctamente un tramo corto de regreso”, insistía Jerry. En realidad el intento de charla no es sino el preámbulo de una batalla, una disputa a muerte —literal— por la banca que el desdichado Peter ocupa, quien no se muestra especialmente interesado ni en el sujeto ni en su perorata, pero tampoco se atreve a moverse, a reaccionar: “Lo tienes todo, y ahora quieres esta banca. ¿Estas son las cosas por las que pelean los hombres? Dime, Peter, ¿es esta banca, este hierro y esta madera, es este tu honor? ¿Tú pelearías por esta clase de cosas? ¿Se te ocurre algo más absurdo?”.

Los desposeídos siempre tienen una posibilidad de rescatar el honor que ignoran tener. Se trata de huir sin mirar atrás, no saber lo que ha ocurrido, ni tener conciencia del desastre que arrastramos y que dejaremos. Después de todo, “¿Quién te escucha si dices algo una sola vez?”. **U**